

opiniones de Aristóteles en lo relativo á la filosofía y á la ciencia, y las de Galeno en lo que se refería á nuestra fábrica corporal. No bastó que un Vesalio, disecando cadáveres humanos, denunciase errores anatómicos en que Galeno había incurrido, hubo algún fanático admirador del gran médico de Pérgamo, que impugnó á Vesalio diciendo: que la Naturaleza podía equivocarse, pero Galeno no.

CAPITULO IV.

SOFISMAS QUE PROCEDEN DE LOS DESEOS.

§ 1.—La sensibilidad representa la acción que ejerce en nuestro espíritu, ó la huella que deja en él el contacto ó el simple espectáculo de las cosas exteriores. El deseo representa la reacción de nuestro espíritu ante ese contacto ó ante ese espectáculo. La sensibilidad es completamente pasiva, el deseo es activo, es el germen ó la raíz de la acción, es la tendencia á obrar, la tendencia á ejecutar con nuestro cuerpo diferentes movimientos que determinan un resultado.

En la muy complexa trama de nuestra vida mental el deseo, variadísimo en cuanto á su intensidad, se presenta asociado, ya á formas de sensibilidad que lo engendran, ya á imágenes intelectuales que pintan su satisfacción. Como en el capítulo anterior, no vamos á estudiar aquí el deseo bajo todos los aspectos que deben considerarse en él, tal estudio es psicológico, y no lógico, ni aun siquiera estudiaremos todos los influjos que el deseo puede ejercer sobre el entendimiento, pues sería todavía psicológico un estudio tal.

Más sencillo y circunscrito es el problema que nos proponemos resolver: ¿cómo el deseo puede viciar el entendimiento, haciéndole tomar por eficaz y completa una prueba que no lo es? Tal es la cuestión que nos proponemos considerar, y para llevar á buen término su estudio nos bastará con presentar algunos ejemplos que, á las claras, muestren el influjo sofisticado de los deseos.

Es notorio para todos los que han estudiado con alguna atención la naturaleza humana, que el hombre se inclina á

ver realizados sus deseos, que el que acomete alguna empresa se desentiende en muchas ocasiones de las dificultades que se oponen al buen éxito, ó las juzga superables, que confundimos á menudo lo que es deseable con lo que es probable ó creíble.

En consecuencia, el carácter común á las falacias, que tienen su raíz en los deseos, consiste en disponernos á admitir que todo lo que es bueno, útil y conveniente á nuestros propósitos, ya individuales, ya colectivos, ha de ser verdadero también. Si semejante disposición de espíritu es loable desde el punto de vista de la acción, porque estimula nuestra actividad, porque produce en nosotros la confianza, sin la cual nada se intenta, y la perseverancia sin cuyo auxilio nada se logra, debemos convenir en que es lamentable desde el punto de vista intelectual, sugiriéndonos de las cosas y de sus relaciones ideas inexactas, y haciéndonos prohiar opiniones falsas.

Los que cultivan la filosofía de la Historia, deseando generosamente el triunfo del bien, anhelando que la humanidad, después de seculares y sangrientos conflictos, llegue á disfrutar de duradera calma, impulsados por sólo su deseo, comprobado al parecer por los hechos históricos artificialmente dispuestos, han llegado á admitir en ocasiones que una inteligencia, distinta de la humana, muy superior á ella, y asociada además á los propósitos más benévolos, arregla los sucesos de este mundo sublunar de tal suerte que el bien acaba á la postre por surgir del mayor mal.

Los filósofos alemanes, más que los de otra nacionalidad, han propendido á este género de optimismo, haciéndolo descansar, ya simplemente sobre sucesos históricos, ya sobre consideraciones de orden filosófico. El gran Leibnitz nos ofrece elocuente ejemplo de ello, su sistema donosamente ridiculizado por Voltaire, en la ingeniosa novela Cándido, ha sido una de las más completas manifestaciones de la tendencia á que nos referimos, y que consiste en admitir que aquello que tenemos por bueno ha de ser verdadero, por más que los hechos digan muchas veces lo contrario.

Los filósofos alemanes del siglo pasado, principalmente Krause y Hegel, siguieron aunque por otras vías, el derrotero marcado por su ilustre predecesor.

La tendencia sofística de que hablamos en estos momentos y que tiene los deseos por cuna, es más frecuente de lo que parece. Es muy común que, trasladando el criterio de lo práctico á los dominios de la teoría, se tengan por verdaderas, opiniones que á lo sumo serían convenientes ó buenas, ó bien, procediendo á la inversa, es frecuente observar el hecho, que se rechacen ciertas doctrinas relativas al orden del mundo, simplemente porque se las supone inconvenientes y opuestas á nuestros deseos.

Los metafísicos llevaron la doctrina de que hablamos hasta el más alto grado, santificando, por decirlo así, ciertos deseos, que presentaban como una promesa que la divinidad nos hubiera hecho, y dada la infalibilidad y la bondad infinita del Ser Supremo, deberíamos tener fe ciega en sus promesas. Dios no puede engañarse ni engañarnos, decían, y desde el momento en que él ha impreso en nuestras almas con caracteres imborrables ciertos deseos, debemos tenerlos por promesas solemnes, y abrigar fe ciega en el cumplimiento de ellas.

§ 2.—Además de la sugestión vaga, indefinida y general que ejerce el deseo sobre nuestra creencia, induciéndonos á tener por verdaderas las opiniones que halagan nuestros deseos, existe una sugestión más circunscrita, más definida y poderosa, y que también dimana de los deseos, la designaremos con el nombre de influjo sofístico de los intereses.

Entiéndese por intereses aquellos arreglos y disposiciones de los asuntos y negocios humanos, que garantizan la realización de nuestros deseos. Ahora bien, sucede muy á menudo que sin advertirlo, y creyendo obrar con el mayor desinterés, sostenemos por la inconsciente sugestión de nuestros deseos todo lo que garantiza la satisfacción de ellos. Los miembros de la clase privilegiada, salvo contadas excepciones, estarán dispuestos á sostener la existencia de los privilegios. El comerciante se mostrará siempre inclinado á optar por la disminución, y si posible fuere, por la supresión del impuesto.

CAPITULO V.

LA PERSONALIDAD O CARACTER COMO RAIZ DE SOFISMAS.

§ 1.—Si la sensibilidad y los deseos, como verdaderos polos de la naturaleza humana, atraen cada cual por su parte á nuestro entendimiento, imprimiendo al curso de las ideas determinada dirección, el conjunto mismo que en cada individuo realiza la combinación de actividades elementales primitivas, y que constituye la personalidad mental de cada hombre, su carácter, influye quizá más sobre las corrientes de su pensamiento.

Si la sensibilidad y el deseo pueden desviar el entendimiento apartándolo de la verdad ó induciéndole á errar, la resultante del conjunto de las actividades, ó el carácter, puede ejercer el mismo nocivo influjo.

La vida mental es solidaria como la corporal, los elementos influyen sobre el conjunto y el conjunto, á su vez, ejerce influjo grande sobre aquellos; un espíritu en alto grado sensible, una inteligencia en extremo imaginativa, imprimen á la personalidad humana el brillante sello de las facultades poéticas, y éstas obran de nuevo á su vez sobre cada uno de los elementos constituyentes.

En otras personas se nota un desenvolvimiento moderado de la sensibilidad, y un desenvolvimiento grande de la función discursiva del entendimiento, estando la imaginativa siempre subordinada á esta última. Tiénese entonces otro tipo de la personalidad mental, otro temperamento espiritual, digámoslo así, peculiar á los sabios y pensadores, que como resultante total ó de conjunto influirá sobre las actividades parciales.

Existe aún un tercer tipo de espiritualidad ó mentalidad. Lo caracteriza un desenvolvimiento notable de las energías activas del espíritu, de los deseos ó propensiones á la acción; las demás formas de actividad psíquica están subordinadas á las voliciones, sirviéndoles sólo de auxiliares ó instrumentos, la sensibilidad para marcarles el rumbo, la intelligen-